

Precio 15 céntimos



Lit. Miralles-Unión.17

ARTISTA DRAMÁTICA



Mlle. Marthe Brandes

# LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

DIRECTOR LITERARIO: DANIEL ORTIZ

Toda la correspondencia se dirigirá á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.— BARCELONA



Ya deben saber nuestros lectores por esa ave parlara que se llama prensa, lo que ha pasado en París con Mr. D' Artagnan, más conocido generalmente con el nombre Mr. Roulez el electricista.

D' Artagnan es hombre ya de cierta edad, alto, seco y aficionado á las bailarinas por lo que parece.

Con una de ellas se hallaba hablando entre bastidores, cuando se acercaron tres jóvenes y le tomaron el pelo.

D' Artagnan no lo consintió, hubo cambio de tarjetas y al día siguiente quedaron citados para el bosque de Bolonia.

Una vez allí ¡morbleu! Mr. D' Artagnan, tizona en mano, se tiró á fondo sobre su primer adversario y le atravesó el pulmón.

Al segundo le hirió en el brazo y al tercero en un costado.

Acabada esta degollación de inocentes, uno de los testigos insultó al moderno mosquetero, quien sobre el mismo terreno exigió satisfacción.

Se batieron, y el cuarto contrincante quedó fuera de combate... y D' Artagnan se volvió tranquilo á su casa.

Al día siguiente enteró á los periodistas de lo que había pasado, y la prensa parisien sonó las mil trompetas de la fama en honor de Mr. Roulez.

¡Qué exitazo!

París, el gran París, el cerebro de Europa, que dijo el otro, se conmovió y proclamó al electricista como el más grande de los modernos matachines.

Mr. Roulez desde aquel instante ya no pudo salir de casa. Se vió rodeado, festejado, aclamado en todas partes.

Se presentaba en la Opera y el público se levantaba en masa y aplaudía.

Iba por los bulevares, y le seguían los chiquillos. Su casa se llenó de visitantes.

Recibió más de mil cartas y otros tantos telegramas felicitándole.

Vamos, que la gloria le ahogaba.

Pero esto le llegó á cansar y Mr. Roulez escribió á *Le Temps* una carta en la que decía que lo de los cuatro desafíos había sido una guasa, ó mejor dicho y más gráficamente, una *lata*.

¡Oh, decepción! Los que ayer le pusieron por las nubes, despues lo arrastraron como estropajo.

Ya no era el valiente D' Artagnan; era el cobarde y miserable Mr. Bonnacieux.

Los periodistas quisieron desafiarle, el público soltó la carcajada y Mr. Roulez quedó en el concepto de un Romero Robledo de la esgrima, es decir, de un hombre poco serio.

Ya nos habíamos atenido á esto cuando sale Mr. Roulez diciendo de nuevo que lo de los desafíos

es verdad, y que si lo ha negado ha sido por librarse de las persecuciones de los reporters y de los papanatas que no le dejaban vivir á sol ni á sombra.

Y así estamos.

En la duda de si ese zascandil es un D' Artagnan, ó un Planchet, ó un Bazin (criado de Aramis ¡otro mosquetero!)

A esta payasada solo le faltaba el ramillete final y no ha marrado.

Un periodista portugués, el director de *O faro dos Algarbes*, resentido sin duda de la guasa que ha dado á los compañeros parisienses el Sr. Roulez, le ha escrito (en portugués) una tremenda carta desafiándole.

Esperemos ahora el resultado de esta provocación del Porthos de Portugal.

A ver si entre nuestro compañero de *O faro dos Algarbes* y el guasón electricista se verifica un encuentro como el del Caballero de la Blanca Luna y el de la Triste Figura.

Por espíritu de clase debemos todos los que tiramos de la pluma apostar por nuestro colega lusitano.

Que ha venido á poner más en ridículo todavía á la clase.

Porque, créanme ustedes, los periodistas merecemos estas lecciones, por ese afán de información que nos ha entrado ahora para satisfacer la curiosidad de los desocupados.

Con media docena de Roulez que nos tomaran el pelo nos enmendaríamos.

\*\*

Unos son los llamados y otros los escogidos.

Según esa bolera que se llama la Estadística, en Inglaterra se consume 40 libras de sal por habitante; en Francia, 30; en Italia, 20; en Rusia, 18; en Austria, 16; en Prusia, 14, y en España, 10.

Tenemos, pues, que los más salados de los habitantes del globo debieran ser los ingleses, y los más sosones, los españoles.

Es claro que se me dirá que los españoles ya nacen con mucha sal dentro del cuerpo y no necesitan que los salen, como á los individuos de las demás naciones, pero eso no me convence.

La sal se ha de ver.

Y hoy por hoy se ha perdido ya la especie de aquellos Manolito Gazquez y de aquellas morenas que escupían en el líquido elemento y lo volvían salao.

Ya no tenemos gracia, ni sandunga, ni salero.

Narvaez, el bárbaro Narvaez, escribiendo aquellas cartas que ahora publican los periódicos en que abundan los C... los C... y las P... tenía infinitamente más gracia que Cánovas escribiendo versos ó tratando de cosas de la Marina.

Fernando VII y su tío Antonio Pascual hacían reir mucho más que lo hacen algunos de sus descendientes.

¡Todo se ha perdido, incluso la salazón!

No es extraño que la Estadística nos adjudique solamente diez libras de sal por individuo.

narse una *paella* de cincuenta pesetas de coste, han apostado á beberse sesenta y dos cántaros de agua.

El primero de estos brutos que se r... ese Mediterráneo en el cuerpo habrá ganado dicha comida, si no se gana antes una inundación ó diluvio universal que le lleve Pateta.

En esto de apostar hay cada mameluco que hace dudar de que el hombre sea un animal razonador.

Se concibe que haya quien apueste á quien beba más vino, ó á quien coma un buey asado ó dos ó tres cochinitos al horno, ¡pero apostar á quien beba más agua!... Tienen esos imbéciles más que dejarse caer en el mar ó en un río y allí darse el apetecido atracón.

El mismo periódico que nos da la noticia de la apuesta de los dos vecinos de Denia cree que el alcalde de esa población se opondrá á tamaño desatino.

¿Y porqué? ¿Prohíbe la ley de Ayuntamientos por ventura llevar á beber á ese par de acémilas?

No; que se atraquen de agua, ya que es ese su gusto.

Aquí lo que cabe es que el gobierno envíe un marqués de Aguiar de Campóo para que inspeccione los desastres que puedan causar esos dos apostadores cuando se vacien.

Y si los barrios bajos de Denia se ven inundados que corte por lo sano poniendo dique á tamaña atrocidad.

El cómo queda á la discreción del representante del gobierno del Sr. Cánovas.

ELIDAN.

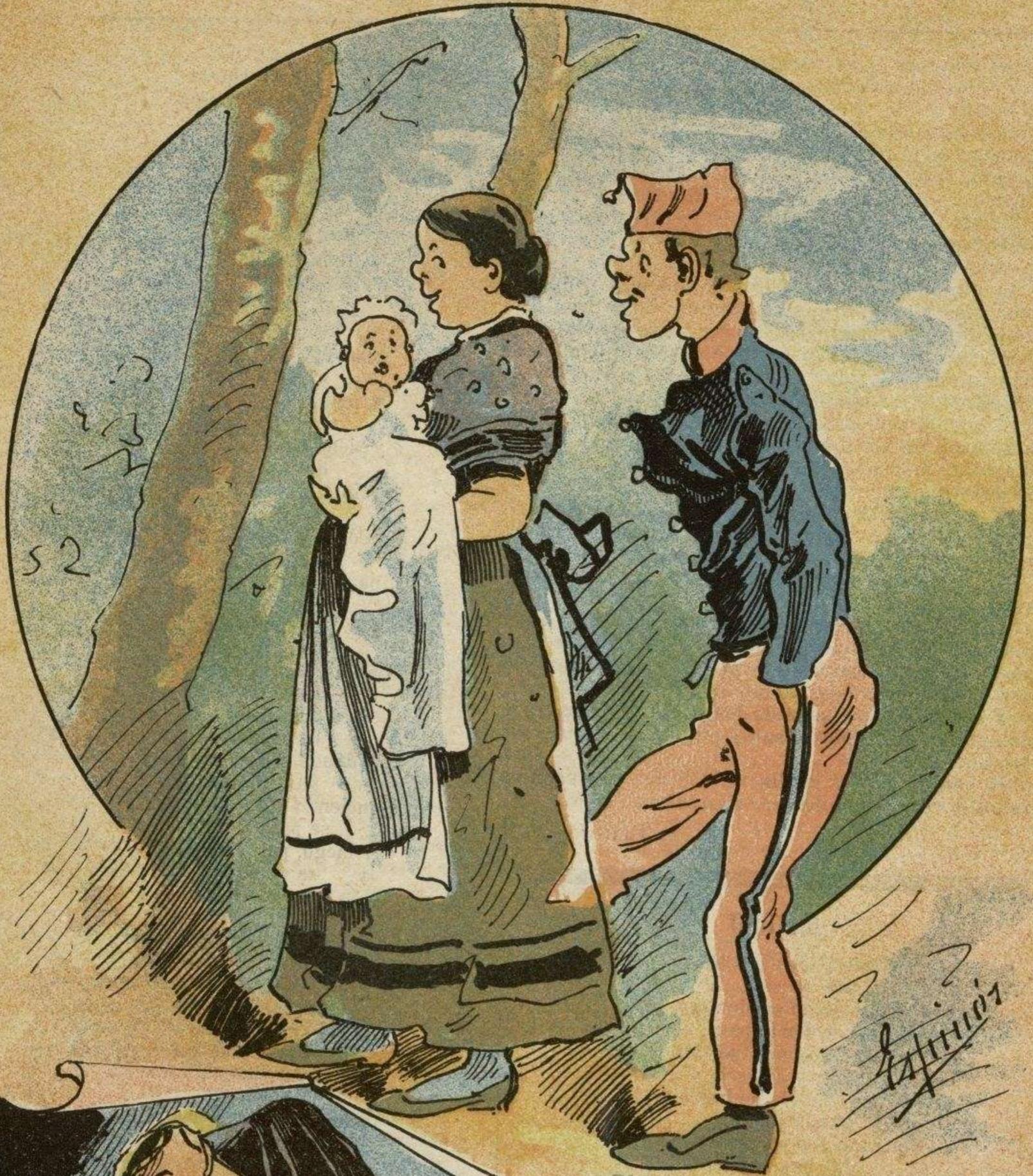
### UN TIPO

Cuando Perico el Chato,  
sale de casa  
va vertiendo sandunga  
por donde pasa;  
porque el Chato fué siempre  
muy *cabayero*  
y en el mundo no hay otro  
banderillero  
que tan sereno clave  
las banderillas  
en el hueco que dejan  
las paletillas.  
Resultan, cuando airoso  
deja los palos,  
unos pares muy buenos  
y otros muy malos.  
Pero aparte del arte  
no hay un torero  
que se plante en la plaza  
con más salero  
mirando á las barbianas  
de los tendidos  
con los rasgados ojos  
adormecidos.  
¿Y en la calle? ¡Dá gusto  
verle en la calle  
con una chaquetilla  
ceñida al talle,  
pantalón ajustado,  
faja encarnada  
y una cara muy grave,  
muy afeitada!

cuajada de sortijas  
la mano entera  
y dos ó tres brillantes  
en la pechera.  
Anda continuamente  
fumando puro;  
¡cigarros que le cuestan  
á medio duro!  
y toma cada día  
como un valiente  
treinta ó cuarenta copas  
del aguardiente.

Con tales aficiones  
y tanta gracia  
se muere por servirle  
la aristocracia,  
y tiene por trofeos  
de sus conquistas  
veinte ó treinta duquesas  
y mil modistas.  
¿Cómo se las arregla  
Perico el Chato  
para pasar la vida  
con tal boato?  
¿De qué medios se vale,  
de qué ocasiones  
para llevarse á casa  
los corazones?  
Él se da mucho tono  
de caballero,  
y dónde él está nadie  
gasta dinero,  
luciendo el cuerpecito  
se pasa el día  
y luego, por la noche  
se va de orgía  
con unos cuantos chicos  
de la grandeza  
que están muy orgullosos  
de su nobleza  
y otras tantas mujeres  
á cual mejores  
y gallardas y frescas  
como unas flores.  
No es porque valga mucho  
como torero,  
puesto que será siempre  
banderillero  
y pone, cuando airoso  
clava los palos,  
unos pares muy buenos  
y otros muy malos.  
Tampoco en el ingenio  
brilla gran cosa,  
pues aunque la figura  
tiene graciosa,  
el alma no revela  
pizca de gracia,  
ni chispa ni salero  
ni perspicacia;  
y cuando habla, que ocurre  
muy pocas veces,  
no salen de su boca  
más que sandeces.

¿Por qué, pues, tiene tanta  
suerte este chico?  
por mucho que lo pienso  
no me lo esplico.  
De lo cual cuando veas



—¿Digazte, paisaniya, me permite ozté dar un beso a ese niño en la cara mismamente de ozté?



Estas también han criado.



-Chica, serás infeliz  
con D. Luis. Es hombre serio  
y luego tiene un infierno!....  
- Mejor; seré emperatriz.



Concurrentes entre bastidores.  
La pejiquera de los tramojistas

este retrato  
de lo que es en el mundo  
Perico el Chato,  
puedes sacar en limpio,  
lector, si quieres,  
que son tontos los hombres  
y las mujeres.

SINESIO DELGADO.

### NO ES CASA DE HUÉSPEDES

Tilin... Tilin...

—Quién es?

—Está la señora?

—Para qué la quiere usted?

—¿Yo? Para nada. ¿No es aquí donde se alquila un gabinete á un caballero solo?

—Sí, señor, pero la señorita no interviene en estas cosas.

—Pues, he leído en *La Correspondencia*...

—Pase usted.

—Gracias.

—Esta es una casa muy decente.

—Me alegro. Con que, á ver si nos arreglamos.

—¿Qué dice usted?

—A ver si me conviene el gabinete.

—¡Ah! Creí que se había usted figurado otra cosa. No vaya usted á creer que esta es una casa de poco más ó menos.

—¡Libreme Dios de creer nada de eso!

—Es que ustedes los hombres, piensan muchas veces lo que no es. ¿Con que, usted viene á ver la habitación, no es eso? Pues aquí tiene usted el gabinete; por supuesto, debo advertirle que sólo se alquila á una persona estable... ¿Es usted estable?

—Por tal me tengo.

—¿Fuma usted?

—Segun y cómo: si me ofrecen un cigarro, ¡ya ve usted! no voy á dar un desaire...

—¿Pero no escupirá usted mucho?

—¿A dónde va usted á parar?

—Es necesario. La señorita me ha dado esas instrucciones y yo las cumplo al pié de la letra. Ella, ya se vé, no está bien que se ocupe en estas cosas. ¡La viuda de un juez de primera instancia!... Porque su marido era juez... Pues como decía á usted, sucede que una amiga suya, fué y puso un anuncio en *La Correspondencia* y le salió un huésped, que no es huésped, porque la trata como si fuera de la familia y le da 24 reales diarios por el gabinete y come con ella á la mesa. Como mi señorita tiene tambien habitaciones sobrantes, vamos al decir, no ha querido desperdiciar la ocasión... En fin, ya ve usted qué gabinete tan mono, con su buena silla y su estera de cordelillo.

—No me parece mal.

—Como la señorita es tan decente, que puede que la haya usted oído nombrar, no se decide á abrir su casa á un cualquiera, y como hay tanto pillo por ahí... Estoy segura de que conoce usted á la señorita. ¡Vaya si la conocerá usted. La de Lucientes.

—No recuerdo...

—¡Pues si anda mucho por los periódicos! Aún no hace dos días salieron unos versos suyos en el *Sabañón literario*... ¡Y si viera usted que pronto los ha hecho! Estaba yo guisando

unas judías, porque se muere por las legumbres, y entró ella en la cocina á decirme que le fuera á comprar un cuadernillo de papel de barbas, y antes de que volviese yo con el papel ya tenía ella escritos los versos sobre la tapa del fregadero. Dice que le entra la inspiración de pronto y para que no se le vaya, escribe en lo primero que encuentra á mano. El otro día, que tampoco tenía papel, me puso á mi un soneto en una enagua que acababa de traer la lavandera.

—¿Qué fecundidad!

—Es atroz. Ahora, entre ella y el hijo de uno que está empleado en el Ayuntamiento, andan componiendo una comedia. Y lo hacen para vengarse de las del cuarto principal, que son unas malas lenguas. A la madre la ponen en la comedia de chismosa y calumniadora, que no hay por dónde cogerla.

—Me alegro mucho.

—¿Las conoce usted?

—No, pero como si las conociera. Con que vamos á ver si me convienen las condiciones del alquiler.

—¡Ah!, es cierto... ¡Se retira usted muy tarde?

—No tengo hora fija.

—¿Canta usted? ¿Toca usted algún instrumento?

—No; pero aprenderé si es necesario.

—Al revés. La señorita no quiere músicas en su casa. ¿Es usted soltero?

—Completamente.

—Bueno; aunque tenga usted relaciones amorosas es lo mismo; fuera de casa puede usted hacer todo lo que se le antoje.

—Muchísimas gracias.

—Las condiciones son las siguientes: El gabinete es para usted solo; pero puede usted entrar en la sala cuando no esté en ella la señorita; tambien puede usted utilizar el comedor á las horas del almuerzo y la comida. Para comer se le darán á usted...

—Pasemos por alto la comida, porque supongo que será como en todas partes.

—Nada de eso. En primer lugar, ya ha visto usted el anuncio de *La Correspondencia* que dice: «Una señora sola admite un caballero. No es casa de huéspedes...» ¡No es casa de huéspedes! Fijese usted bien en esas palabras; no vaya usted á creer que aquí se admiten huéspedes; aquí se alquila un gabinete á un caballero con asistencia ó sin ella, y nada más.

—¿Cree usted acaso, que los huéspedes no son caballeros?

—Yo no entiendo de eso, la señorita lo ha determinado así, y como es de muy buena familia, no quiere sonar para nada.

—Pues que no suene.

—Este es el trato: chocolate por la mañana; huevos y un plato fuerte para almorzar; sopa, cocido, pan y postres para comer. El vino es aparte.

—Corriente.

—Y por todo esto, pagará usted veinticuatro reales, en mensualidades adelantadas.

—Bueno.

—¿Ronca usted?

—¿Vuelven las preguntas?

—No lo extrañe usted; todo el mundo desea saber qué clase de gentes mete en su casa. En fin, aunque ronque usted, no importa.

—¿Y usted qué es?  
 —¿Yo? Riojano.  
 —No pregunto eso.  
 —¡Ah! católico.  
 —¿Tampoco. ¿Pregunto de qué vive usted?  
 —De lo que se puede, hija mía, de lo que se puede. Hoy por hoy, soy empleado.  
 —¿Empleado? ¿Y no tiene nada usted por su casa?  
 —¿Pero, es usted mi confesor?  
 —Ya le he dicho que cumplo el encargo de mi señorita... Un empleado está expuesto á que le dejen cesante.  
 —Sí, y á morirse de repente y á que le coja un toro, y á que se le incendien los fósforos en el bolsillo... ¡Es usted la mujer más preguntona del mundo!...  
 —¡Vaya! no se incomode usted. ¿Se queda ó no con el gabinete?  
 —Me conviene... Estoy cansado de rodar por las casas de huéspedes, y como aquí por lo visto, la dueña es una señora...  
 —Lo que es eso puede usted decirlo en todas partes. En fin; aquí hay una paz que da gusto. ¡Y una limpieza! En cuanto le coja á usted cariño la señorita, va á tratarle á usted como si fuera su madre. ¡Es más buena!... No sabe usted cómo se puso cuando se murió *Chilín*.  
 —¿Chilín? ¿Su esposo?  
 —No, señor; un gatito que le había regalado el director de un periódico, donde ella escribía los versos. A poco más se envenena con el cardenillo de una palmatoria.  
 —¿Quién?  
 —La señorita. Le entró tal tristeza, con la muerte del gato, que quería suicidarse y todo.  
 —Vaya; ahí tiene usted el importe de un mes adelantado... Dentro de una hora vendrán á traer mi equipaje. Abur.  
 —¡Eh, eh!... ¡Oiga usted! ¿Come usted todos los días? ¿Tiene usted perro? ¿Tose usted por las noches?... ¡Caramba! Se fué y no he podido hacerle todas las preguntas que me había encargado la señorita...  
 —¡Juana..... Juana! ¡Doña Teresa, Doña Teresaaaa!...  
 —¿Qué se le ofrece á usted?  
 —¡Pero, señora, esta casa es un campo de Agramante!...  
 —¿Eh?  
 —Hace dos horas que estoy esperando el desayuno.  
 —¿Y qué?  
 —¡Me gusta! ¡Que no me lo han traído!  
 —¡Oiga usted! Yo soy una señora...  
 —No lo dudo, pero á mi se me trata peor que á un trasto viejo.  
 —No me falte usted, Rodríguez, que no estoy acostumbrada á oír insolencias.  
 —Ni yo á vivir en una pocilga.  
 —¡Pocilga!  
 —Sí, señora; esta no es casa; aquí no se puede dormir ni descansar, las chinches me devoran; ayer no pude tragar la sopa; antes de ayer me encontré un mechón de pelos en el guisado; aquí entra todo el mundo y se me revuelven los papeles, se me fuman los cigarros y se me registran los bolsillos... Este gabinete no se ha barrido desde la semana pasada, En vez de vino me da usted cocimiento de campeche ¡Ya no puedo más!

—¡Señor de Rodríguez! ¡Esta no es una casa de huéspedes, de las que está usted acostumbrado á frecuentar!...  
 —No; pero es una perrera.  
 —¡Yo soy una señora! ¡Mi esposo era juez de paz y ha actuado muchas veces como de primera instancial!...  
 —¡Pues, déle usted expresiones!  
 —¡Insolente!  
 —¡Bruja!  
 —¡Desvergonzado!  
 —¡Poetisa!  
 —¡A mucha honra! ¡Salga usted de mi casa!  
 —Devuélveme usted el importe del mes adelantado.  
 —Yo no tengo nada que devolver á usted. ¡El hombre que me insulta, no merece el menor sacrificio pecuniario! ¿Cree usted que soy alguna *patrona* vulgar, que lleva las cuentas?  
 —No es usted *patrona*; es usted una hiena, una serpiente y un demonio...  
 —Voy á llamar á la pareja, porque se me está injuriando.  
 —¡Vaya usted al infierno!

MORALEJA

Lector: no te fies de las señoras que admiten un caballero y *no es casa de huéspedes*.

LUIS TABOADA

## A LA VEJEZ VIRUELAS

(EN UN ALBUM)

Señora Doña Matea,  
 respetable amiga mía:  
 ¿Con que unos versos desea?  
 ¿También con *album*—*mamiá*  
 á sus años y tan fea?

Anoche,—¡qué compromiso!  
 me dijo usted:—«Es preciso!  
 Ponga lo que se le antoje;  
 no tema usted que me enoje,  
 pues que le doy mi permiso.»

Señora, ¡cómo ha de ser!  
 con su petición me asedia!  
 ¿Qué pongo?... ¡Vamos á ver!...  
 ¡Ya sé lo que he de poner!  
 ¡La pondré... de vuelta y media!

No se me ofenda usted ahora,  
 pues tal encargo á su edad,  
 francamente, me encocora;  
 y estoy dispuesto, señora,  
 á decirle la verdad.

¡Sí! La verdad lisa y llana!  
 Con vieja tan casquivana  
 vale pecar de grosero,  
 y yo lo soy porque quiero  
 y porque me da la gana.

¿Me dice usted que por qué  
 no soy más cumplido, eh?  
 ¡Pues, nada! ¡No doy oídos!



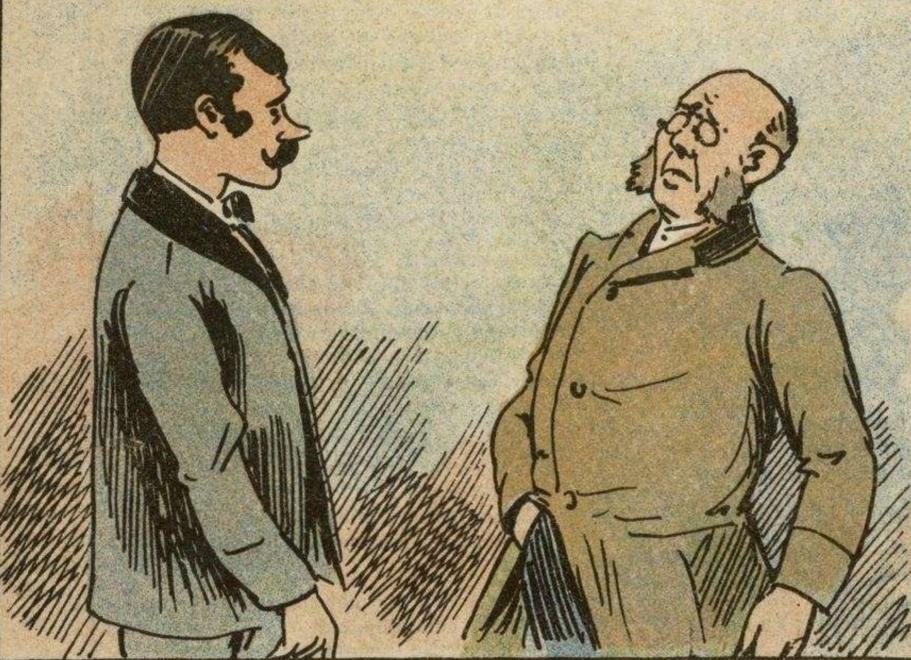
—¡Con que ya lo sabeis! La que quiera seguir en esta temporada, tres reales diarios y entrada al escenario.



En la primera plana del periódico doy cuenta del y del baile, en la segunda, y al llegar al coillon viendo sobre usted.



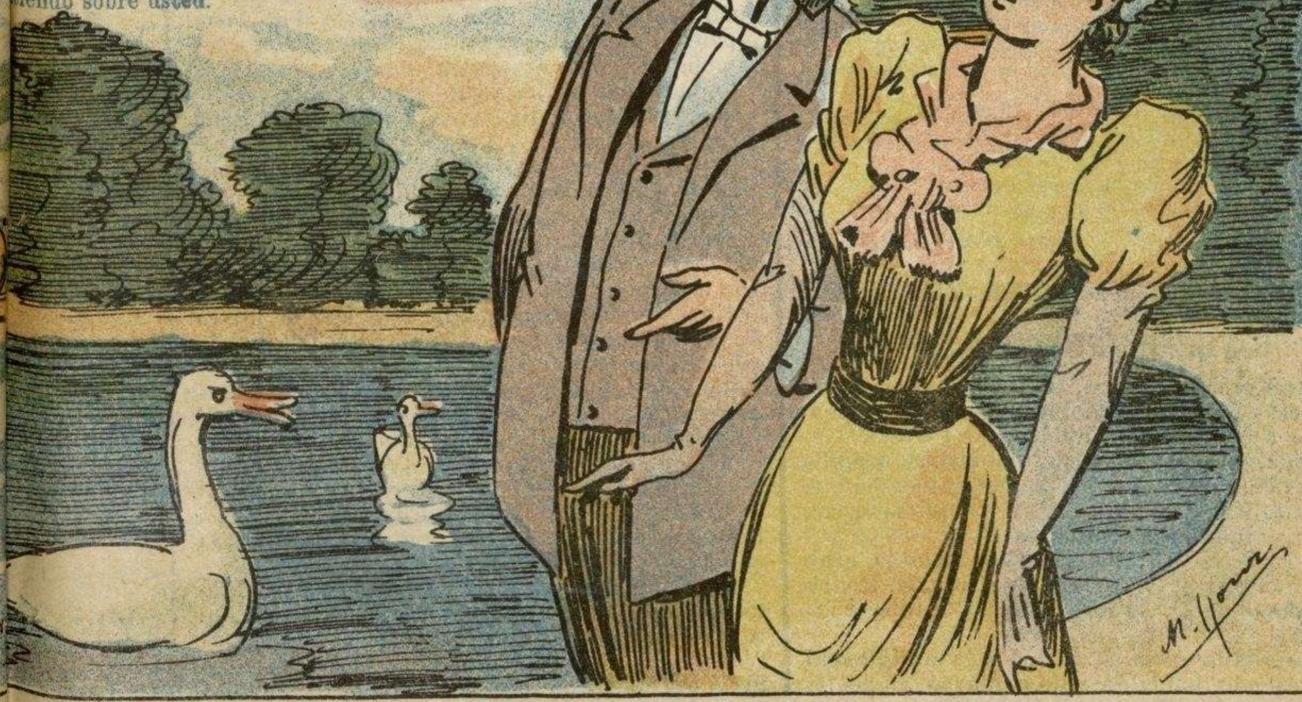
—¿Qué dice de nuevo la prensa, D. Dimas?  
—Que el gobierno piensa distribuir los fondos de la suscripción nacional con toda escrupulosidad.



—¿Después de ocho años que viaja por cuenta de la casa, sale V. ahora con esas exigencias?  
—Es que ahora hay los accidentes ferroviarios



—¡Cómo pasa el tiempo! ¡Todavía me acuerdo de cuando yo pintaba... la cigüeña!



—No puede ser.  
—¿Por qué, ingrata?  
—Tendría celos el papá de usted.

Aquí ya no hay más *cumplidos* que los *sesenta* de usted.

Y que á esa edad—¡carambita!— que es una *señora edad* quiera usted—¡Virgen bendita!— echárselas de pollita, ¿no es una barbaridad?

¡Basta de contemplaciones! ¡No se haga usted ilusiones ni moleste á los poetas! ¡Váyase usted á los sermones ó póngase á hacer calceta!

Que una muchacha inocente pida unos versos, ¡corriente! lo encuentro muy natural; pero en usted, francamente, me parece mal, muy mal.

Es preciso que usted vea que su pretensión odiosa, señora doña Matea, es una cosa muy fea, por no decir otra cosa.

¿Pretende usted, por ventura, que emplee mi inspiración hablando de su hermosura? ¿Que elogie su dentadura que es de las de *quita y pon*?

¿Que exhale yo amantes quejas ante postizas guedejas? ¿Que dén sus ojos antojos, si las niñas de sus ojos ya son, señora, tan viejas?

Es esta la poesía que usted anoche me pedía? ¡Pues no cuente con mi auxilio! Vaya usted, señora mía, á curarse á San Baudilio!

¿Versitos á usted?... ¡Canario! Cese, por Dios, desde ahora en su empeño estrafalario, y en vez de un album, señora, compre usted un devocionario!

VITAL AZA.

## UNA REPRESENTACIÓN CASERA

Grandes preparativos se hacen en casa de los señores de Gatopelado del Romeral, descendientes por línea recta de la pierna de Pelayo.

Los preparativos estaban justificados. Aquella noche debía representarse *Niniche* en el teatrillo de los señores de la casa, en complicidad con varios amigos de la familia.

Los señores de la supradicha familia eran cuatro: el padre, D. Recaredo; el hijo, D. Rodrigo; la madre, D.<sup>a</sup> Fedregunda, y la hija, Florinda.

Esta familia goda, á pesar de la antigüedad de su escudo, había entrado por uvas, es decir,

se había puesto á la altura de los adelantos modernos, dado caso que *Niniche* sea un adelanto.

Daban estos señores reuniones á las que asistía lo más selecto de los descendientes de los héroes de la Reconquista.

En ellas se trató, para que pudiesen lucirse las pollas y aún los pollos, de dar representaciones teatrales.

D. Recaredo quería algo en armonía con sus ideas de grandeza y heroísmo. Así es que propuso que se representase el *Pelayo*, *Guzmán el Bueno* ó la *Jura en Santa Gadea*.

Su esposa se pirraba por el teatro moderno de Echegaray, y quería *O locura ó santidad*.

Florinda optaba por la ópera y deseaba estropear *Los Hugonotes*, sin que estos le hubieran hecho nada.

Por último, se siguió el parecer de Rodrigo, el pollo, y se escogió *Niniche* por habérsela visto hacer toda la reunión á la Judit en el Teatro Lírico.

Unánimes todos los pareceres, solo se trató de comprar el librito y la música y repartirse los papeles.

La familia de Gatopelado del Romeral escogió los mejores, porque para eso eran los amos de la casa, ponían el teatro y los refrescos.

Comenzaron los ensayos y todos comenzaron también á desafinar y á hacerlo mal. D. Recaredo, que era director de escena, daba las entradas tan fuera de propósito, que un día el pianista le tiró la partitura á la cabeza y la dentadura que llevaba postiza. Luego se disculpó diciendo que había sido un arranque nervioso.

A fuerza de ensayos se consiguió por último que lo hiciesen menos mal.

El papel de *Niniche*, que lo hacía D.<sup>a</sup> Fedregunda, era el mejor desempeñado, porque dicha señora, según aseguraban lenguas viperinas, no descendía de una sangre tan pura como la de D. Recaredo, y hasta se murmuraba que había sido cómica de la legua, ó del kilómetro, como decimos por el sistema decimal.

Para vestir esta obra con todo el lujo que el caso requería, acudieron á *El Siglo* y á las principales tiendas de Barcelona, y marearon á los dependientes.

—¡Que mis trajes sean tan elegantes como los que sacó la Judit en esa obra!— decía doña Fedregunda.

—¡Que los trajes de baño— añadía su hija— han de ser con visos encarnados!

—¡Que los sombreros— añadía una tercera— sean de última novedad!

Por fin hicieron sus compras y se dispusieron á desollar á la pobre *Niniche*.

En este preciso momento tenemos la honra de presentar á nuestros lectores la familia de Gatopelado y sus contertulios.

¡Qué bureo en aquellos salones! ¡Cuánta elegancia! ¡Qué conversaciones más animadas! ¡Y cómo los convidados echaban la vista al comedor donde estaba preparado el *buffet* para cuando acabara la función!

El teatrillo de Gatopelado se hallaba situado en los bajos del edificio y las ventanas daban á la calle.

A las nueve bajaron para vestirse todos cuantos habían de tomar parte en la representación. A las diez había de comenzar el fusilamiento de *Niniche*.

■ En los cuartitos del teatro, que parecían ca-

marotes, las señoras se vistieron y se dieron colorete.

Como no había cuartos para todos, los señores se vistieron en el escenario, detrás de unas colchas que sostenían con amabilidad algunos pollos que no trabajaban.

Se encendieron todas, las luces, y á las diez en punto bajaron los que habían de hacer de público.

¡Qué feo estaba D. Recaredo con su nariz postiza! ¡Pues no digo nada su esposa!

Se había dicho que la función empezaría á las diez, y como es natural, eran ya las once y las señoras no estaban listas todavía.

¡Ay! ¡á esta que le falta un alfiler! ¡Ay, aquella que se ha de pasar el peine! ¡Ay, la de más allá que se ha hecho un desgarrón y hay que cosérsele! ¡Y la polla P. que todavía no sabe el papel y le da un repaso! ¡Y la niña N. que dice que quiere cantar porque está constipada!

Por fin se levantó el telon.

El coro de señoras empezó bien, por lo mismo que ninguna cantaba, porque les daba vergüenza.

El pianista, desesperado, gritó desde abajo:

—¡O cantan ustedes ó me voy!

En vista de una insinuación tan categórica, las señoritas no tuvieron más remedio que atacar la nota.

¡Nunca lo hubieran hecho! ¡Aquello parecía un concierto gatuno!

—¡Basta!— vociferaba el pianista.

—Eso no es cantar —decía un pollo aficionado á la música: —Eso es insultarnos.

Por fin concluyó el coro de introducción en medio del espanto de los circunstantes.

—Si así empiezan ¿cómo acabarán?— murmuraba un viejo.

No era eso lo peor. Como el calor apretaba, habían abierto las ventanas del teatro y todos los transeuntes se habían ido aglomerando para oír aquel desconcierto monstruoso.

Continuó la representación á tropezones hasta la canción de *Niniche* con el coro de señoras.

Todos estaban temiendo un cataclismo.

La excómica D.<sup>a</sup> Fredegunda, que con los años había perdido los papeles, atacó bruscamente su parte y soltó tres gallos á las primeras de cambio. Las niñas del coro la imitaron y parecía el teatro de los Gatopelados un verdadero gallinero.

—¡Una escopeta! ¡que quiero cazarlos!— decía un sietemesino cazador.

El grupo de la calle, que ya pasaba de doscientas personas, pidió en masa el arrastre para aquellos desgraciados, en medio de los mayores improprios.

Los serenos tocaron el pito y acudieron nuestras primeras autoridades. Un comisario de policía que se presentó el primero, hizo suspender la representación por cuestión de orden público.

En un tris estuvo que no llevase presos á todos aquellos artistas improvisados.

Se cerró el teatro y todos los convidados subieron al *buffet*.

Allí, para vengarse, se comieron vivos, metafóricamente hablando, á los dueños de la casa.

Don Recaredo tuvo una enfermedad, su esposa dos, y sus hijos cuatro.

Todavía cuando se acuerdan de la noche de *Niniche* se ponen pálidos.

—¡Si hubiéramos hecho el *Pelayo*!— suele decir el padre.

—Nos asesinan— contesta el hijo.  
Y puede ser que tenga razón.

DANIEL ORTIZ.

## MELONADAS

El que está loco perdido  
por una mujer casada  
y soborna á la criada  
para que aleje al marido,  
si despues de conseguido  
no aprovecha la ocasión...  
¡es un melón!

El que habiendo recibido  
en algun trance apurado,  
aun sin ser solicitado,  
un favor inmerecido,  
y al mostrarse agradecido  
raya en la exageración...  
¡es un melón!

El hombre que tiene suegra  
que le da mil sofocones  
y que por no armar cuestiones  
padece la pena negra,  
y hasta hay veces que se alegra  
de recibir un sofión...  
¡es un melón!

Aquel prestamista chocho  
que prestando al seis por ciento  
se le presenta un momento  
de prestar á un diez y ocho,  
y por ser un poco mocho  
desperdicia la ocasión...  
¡es un melón!

El que falto de dinero  
ve que se pasan los días  
y con un real de judias  
puede estarse un día entero,  
si sus penas placentero  
sufré con resignación...  
¡es un melón!

El marido receloso  
del primo de su mujer,  
que se llega á convencer  
de que el primo la hace el oso  
y que por ser generoso  
no le rompe el esternón...  
¡es un melón!

El que, como yo, enjareta  
melonadas á granel  
para que Ortiz (D. Daniel)  
las publique en LA SAETA,  
si blasona de poeta  
sin tener disposición...  
¡es un melón!

MIGUEL L. SANTERO

COSAS



—¿Te acuerdas de cuando nos casamos? Parecíamos dos pajaritos.

—Si; ahora hemos cambiado de especie; parecemos dos gorrinos... y dispensa la manera de señalar.



—¡Y pensar que yo he sido vista de Aduanas!... También es verdad que entonces veía algo menos.

—Si él se vuelve y me dá un palo, y yo me lo dejo dar... ¿Qué vá á decir ella entonces?... Pues no sé lo que dirá.

*M. González*

# LA SAETA

## LOS EXTREMOS DE LA MADEJA



Socialista.



Anarquista.



Integro.



Carlista.

## LAS TABLAS

No las de la ley sinó las del teatro.

Si ellas pudieran hablar ¡qué de cosas dirían!

—Yo he tenido la honra de ser pisado por Gaya-  
rre—diría una.

—Yo he visto..... seguiremos por otro camino, pues por este sería fácil que me olvidara de que escribo para LA SAETA y se me podía escapar algún *ripio* aun que no lo tengo por costumbre.

¿Quién es el español que á los 18 años no ha pisado las tablas de algún escenario?

Casi estoy por decir que no hay ninguno.

Yo que he pertenecido á varias sociedades teatrales en Madrid y provincias puedo asegurar á Vds. que nunca *tropecé* con ningún amigo que al contarle mis *triumfos* no me explicara á la vez los *suyos* corregidos y aumentados.

Tengo observado además que de los individuos *atacados* de esa afición, el 35 por ciento pertenecen al honroso oficio de segadores de vello.

Uno de estos, que recibió de manos del director de escena un papel, se pasaba día y noche estudiándolo para no equivocarse.

No crean Vds. que el papel era largo no, sinó que era lo que él decía: Si para la primera vez que *salgo* lo *hago* mal, no me volverán á dar papel.

Este se reducía á salir al escenario al frente de unos cuantos comparsas con un sable ensangrentado en una mano y una bandera en la otra y gritar al tiempo de salir.

¡Viva Carlos V!

Era el final del acto segundo y por lo tanto había que hacer lo posible para que saliera bien.

¡Infeliz del que en aquellos días se entregaba en sus manos!

Mientras afeitaba no hacía otra cosa que *recitar* su papel en voz baja, sin perjuicio de subir el tono de cuando en cuando, lo que hacía pensar á los que no estaban en el secreto que algún disgusto grave le tenía tan pensativo, llegando hasta suponer algunos, que no estaba en su cabal juicio.

Pero cuando llegaba al colmo era cuando se quedaba solo en la tienda.

Con un bastón en una mano y la horquilla de la cortina ensayaba su papel.

Un día que estaba ocupado de esta manera entra un parroquiano en el preciso momento en que Macario—que así se llamaba nuestro héroe—salía de la trastienda en actitud poco tranquilizadora dirigiéndose hacia el parroquiano, quien al verle así, creyendo que iba á darle un palo salió á la calle gritando ¡socorro! ¡aquí hay un loco!

Al mismo tiempo Macario gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

¡Viva Carlos V!

El escándalo que se armó fué grande, pero no por eso dejaba Macario de esperar con impaciencia el sábado, día fijado para la función.

Llegó por fin, y Macario pidió permiso al dueño de la tienda; pero como los sábados y por la noche es cuando más trabajo hay en esta clase de establecimientos, el amo le negó el permiso, lo cual no fué obstáculo para que dejase de asistir Macario al teatro, pero con la condición de no volver á parecer por la tienda.

A todo se conformaba menos á privarse del placer de pisar las tablas aquella noche.

Llegó al teatro y empezó á vestirse antes de que abrieran las puertas al público.

Aun no habían alzado el telón y ya Macario estaba entre bastidores con la bandera y el sable.

Cuando empezó el segundo acto, la respiración de Macario era difícil y los latidos que daba su corazón se podían oír desde las butacas.

Por fin el traspunte le avisó con la palabra sacramental «prevenido»

Poco le faltó á Macario para caer al oírle, pero se apoyó en la bandera, hizo un esfuerzo y salió gritando:—¡Viva Quirlos canto!

¿Creen Vds. que por este fracaso se le quitó la afición? ¡Ca! al contrario.

Cuando los amigos subieron á felicitarle les dijo:

—Yo no hago *queso* de esas casas, digo, caso de esas cosas: el que uno se *equivique* una vez no quiere decir *nido*.

Ahora ya está curado. Desde que le descerrajaron un tiro desde la cazuela haciendo de transeunte en una comedia de mucho movimiento.

JULIÁN DE LA CUESTA.

## DIÁLOGO (1)

—¡Luis!

—¡Mamá!

—Cierra la puerta

por si alguno nos escucha!  
tengo que hablarte en secreto

—(¡Pues reprimenda segura!)

—¿Dí, Luis; te parece bien lo que me ha dicho la Julia?

—¿Qué te ha dicho?

—Pues, que ayer

la estrechaste la cintura  
y la besaste en la boca;  
ya sabes, hijo, que nunca  
te he reprendido; aunque sé  
que en juergas con... la gentuza,  
te gastas un dineral,  
bebes, derrochas y triunfas;  
pero, en casa no permito  
que hagas una de las tuyas.  
¡La Julia, como es honrada...  
Qué ¿te sonries? ¿lo dudas?

—¡Mamá, escúchame un momento  
y luego tú misma juzgas!

Hará, unos dos ó tres años,  
que á tú hoy doncella, á Julia,  
conocí... en no sé qué baile,  
era... una de esas...

—¡Conque una...!

—Como tú estabas buscando  
doncella, te mandé á Julia,  
así me ahorraaba dinero  
y la tenía segura.

—¡Es posible!

—¡Y tan posible!

—¿Y porqué entonces se asusta,  
porque tú la hayas besado?

—Toma; porque lo que busca  
es que compre su silencio.

—¡Pues, hombre; está bien, me gusta!  
¡Voy á echarla, ahora, enseguida,  
aquí no quiero gentuza!

¡Luis, lo que es esta tratadas  
no te la perdono nunca!

—(La mentira surtió efecto;  
voy á avisar á la Pura;  
mamá, buscará doncella,  
se presenta y... ¡soy un trucha!..)

ALBERTO DE OJEDA

(1) De un «Juguete» que me silbarán... ¡como si lo viera!

debe darme una menestra de afeuto satisfaciendo los arreboles epismáticos de mi corazón.

—¡Es usted un Tinorio!

### Coplillas

Muchos telones y coros  
y bastantes desvergüenzas,  
así se salvan las obras  
de á «real y medio la pieza.»

Puse yo á una golondrina  
de diamantes un collar  
y ya no la he vuelto á ver...  
¡Lo habrá llevado á empeñar!

No puedo dormir de noche  
al pensar en tus berrinches,  
mas, de ellos caso no haría,  
¡si me dejasen las chinches!

Se suicidó ¡pobre chico!  
mientras su mujer estaba...  
¡en el baile con su primo!

Aunque no voy á tu casa  
no dejo las relaciones,  
si no voy es porque tengo  
deshechos los pantalones.

Tú no eres tiple, chiquilla,  
que no te aplauden la voz:  
¡te aplauden las pantorrillas!

A los pájaros no cuento  
las penillas que he pasado,  
porque ya se que á los pobres  
les tendrían sin cuidado.

Eso que vas á estrenar  
tendrá un éxito ruidoso...  
¡Te lo van á patear!

JOSÉ DOZ DE LA ROSA.

Un marido celoso dice á un pollo con quien cuestiona:

—Yo soy capaz de matarle á usted de un resoplido.

—¿Es usted un Miura?

En el paseo de Gracia.

—¡Caballero, tenga usted compasión de una pobre madre con doce hijos!

—¿Y qué edad tiene el mayor?

—Dos años.

### Balada

Si eres casado y tienes un primo  
de tu señora que va á tu casa  
y á tus pequeños hace caricias...  
¡no le hagas nada!

Mas si algun día lo ves que llega,  
y de tu esposa se sienta al lado,  
y en voz muy baja empieza á hablarle...  
¡pégale un palo!

JULIAN PEREZ CARRASCO.

—¿Cuando hace frío, dónde va usted?

—Al café.

—¿Y qué toma usted?

—A veces las cucharillas.

### MADemoiselle MARTHE BRANDES

Es una artista francesa de las que figuran en primera línea. Salió del conservatorio con ánimo de dedicarse á la pintura, pero la afición al teatro la arrastró, y debutó el 15 de Enero de 1884 en el teatro de Vaudeville de París con la comedia de Alejandro Dumas, hijo, *Diana de Lys*, obteniendo un gran éxito. Luego pasó á la Comedia francesa, donde han aumentado sus facultades en grado maravilloso. Su obra de batalla, es la *Princesse Georges*, donde supera á Sarah Bernhart. Y á propósito de Sarah, refiérese una anécdota que prueba la admiración que por ella siente Mlle. Brandés. Hacía aquella en un teatro de Londres la *Fedora*, de Sardou. En la escena más culminante y conmovedora se oyen sollozos en un palco. Era la Brandes que entusiasmada y fuera de sí rendía aquel espontáneo tributo de admiración á la gran Sarah Bernhart. Mucho ha hecho por el arte nuestra biografiada, pero más esperan de ella todavía sus admiradores.



A. de L.—No tendríamos mal quehacer si fuésemos á devolver los trabajos que no sirven. Sin embargo, por usted queremos hacer una escepción, y puede pasar á recoger los suyos al Kiosko n.º 5 de la Rambla.

E. de la C.—Fué error. Lo que me envía irá.

Seguidillas, Murcia.—No sirve, corriendo por lo tanto la misma suelte que las anteriores, como V. dice.

Tie-tac, Linares.—Descuidada. Fijese V. en que en el romance hay versos asonantados en los impares, y además hay tres ó cuatro ripios, lo que en una composición corta no tiene disculpa.

A. S. Valencia.—Participo algo de la opinión de V.; pero hay otros lectores que desean que se les dé cuenta de todo. Procuraré corregirlo poco á poco. Insertaré lo que me envía.

Cucufate.—Irá.

F. S. y S. Alicante.—No son esos versos para este semanario.

El de las Saetas.—Irá. Del artículo ya creo que le hablé algo.

L. N. Valencia.—Se conoce que son de principiante. Todavía no pueden pasar.

P. M. Valencia.—Irán las dos.

J. P. C. Valencia.—Irán los versos. El artículo es largo y todavía no lo he leído.

Quedan varias cartas por contestar.

Imp. Tallers, 51 y 53.

### CORRESPONSAL EN BARCELONA

para la venta de los periódicos de Madrid

*La Correspondencia, El Liberal, El Globo,*  
*El Pais y El Correo*

**Don Pedro Motilba, Rambla del Centro**  
**Kiosco núm. 5.**

En dicho kiosco se proporcionarán números atrasados de los periódicos antes citados al que lo desee.

CHIRIPA



¡Maldita sea mi suerte! ¡Apenas salgo de una grave enfermedad y lo primero con que tropiezo es con la cuenta del sastre!

ANUNCIOS

**BIBLIOTECA PARA TODOS**

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.—Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

**BIBLIOTECA DE BOLSILLO**

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con bonitos grabados.— Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

**LA SAETA**

**PERIÓDICO SEMANAL**

FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

*España:* Semestre, 5 ptas. — Año, 8 ptas.

*Extranjero y Ultramar:* Año, 15 ptas.

No se admiten suscripciones por menos de medio año en España, ni por menos de uno en el extranjero. Pago adelantado en letras de fácil cobro ó sellos de franqueo. — Las suscripciones empezarán el 1.º de cada mes.

**CUIDADITO CON ESTO**

Elegantes tomitos con grabados y cubierta al cromo, que contienen poesías, novelas y cuentos de varios autores. Se compone la colección de 10 tomos al precio de 15 cént. en toda España.

**TRES MILLONES DE CHISTES**

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo. Van publicados 46 tomitos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación

Para los pedidos y correspondencia dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco n.º 5—BARCELONA

CORRESPONSAL EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, D. Julián Rodríguez—Aneha S.º Bernardo, 27, bajo